AÑO II. MADRID, 1 DE JULIO DE 1922. NÚM. 9.

HESPERIA

REVISTA TEOSÓFICA Y POLIGRÁFICA

Director: MARIO ROSO DE LUNA Y BOVER
Administradora: Srta. SARA ROSO DE LUNA Y ROMÁN

Redacción y Administración: CALLE DEL BUEN SUCESO, núm. 18 duplicado.

«Satyat nasti paro Dharma». — La religión más elevada es la Verdad. (Lema del Maharajá de Benarés.)

SUMARIO

LA DOCTRINA TEOSÓFICA, TAL COMO LA VE UN BIÓLOGO (1)

Suelen los hombres aprioristas incurrir en crasos yerros, siendo insignes rarezas quienes, dotados de amplia flexibilidad crítica, saben discernir con cierta holgura ese fondo de verdad que es regla acompañe a todo criterio, doctrina o pensamiento científico, por muy extraviados y fuera de razón que a primera vista parezcan.

La notabilísima elaboración mental que a estas fechas constituye la teosofía, junto a postulados incontrovertibles, subsidiariamente tiene, cual

(1) Honramos nuestras columnas con este lindísimo artículo de uno de nuestros mejores biólogos, quien desde su campo meramente científico-occidental, así presiente ya las verdades fundamentales de la Teosofía. *(Nota de la Dirección.)*

RAMA BILBAO, S. T.
Apartado, 440
BILBAO

varias religiones, por ejemplo el cristianismo, multitud de superestructuras adjetivas, que por lo mismo que son la materia de relleno (valga la expresión) y por tanto de orden secundario, para muchos, mal advertidos, son lo sustantivo y primordial. Que fríamente analizada la doctrina teosófica en su detalle es criticable, creo nadie podrá negarlo, pues siempre el detalle presenta aristas harto deleznables en donde el escoplo crítico haga mella. Mas abarcada sintéticamente su ideología y extrayendo de ella las admirables ideas tan clarividentemente expuestas en las columnas de Hesperia por el *vir sapientisimus* que es mi entrañable amigo D. Mario Roso de Luna, nadie, por obtuso y menguado de meollo que sea, puede honradamente discutir el innegable espíritu de bondad, belleza y verdad que en la teosofía impera.

Sin ser un incondicional de la teosofía, soy, por lo enamorado de sus principios rectores, *un teósofo sin saberlo*, según frase de dicho hermano espiritual, y ante ello no he titubeado en solicitar amparo a estas hospitalarias páginas, para en sus columnas condensar, imperfectamente por cierto dados mis escasos medios culturales, las ideas suscitadas cuando, visto el fenómeno de la vida en su misterioso polimorfismo, buscamos en el más allá de nuestro sensorio la clave que nos dé la guía más segura para desgarrar ese velo que todo lo cubre, haciéndole ver al poeta su impotencia ante el eterno *algo, y no sé qué*, que, pese a su ciencia, no sabía.

* * *

Es un mito pretender saberlo todo. Dejando aparte la imposibilidad de alcanzar la suprema ciencia dada la limitación cronológica de nuestra vida, existen potísimas razones para rechazar, como opuesto al sano criterio filosófico, al hombre omnisciente. Como la ciencia, en realidad, no es más que la representación, a nuestra escala, del Universo, quien todo lo supiese, todo lo podría. Por llevar en su intelecto la ventaja que confiere el hecho de conocer y, por tanto, de preverlo todo, pudiera de este ente imaginario decirse que se había fundido en la divinidad (1). No obstante, la tendencia natural del hombre es la de aproximarse cada vez más a esta condición, y de ahí como consecuencia que, por el artificio de las creencias,

(1) Sí. Este estado de omnisciencia, inalcanzable para el hombre ordinario, es el que han ido conquistando los Maestros a través de sus innumerables encarnaciones. La última de semejantes conquistas es el estado de nirvana, shamadi o epoptcia platónica, que nos sumerge al fin de los ciclos en el Seno Insondable y Omniconsciente de la Divinidad. *(N. de la D.)*

busque en las doctrinas religiosas aquello que más cerca esté del imposible ideal.

Si el nivel cultural de las gentes fuese el mismo, toda discusión o lucha religiosa desaparecería, por estar situado el horizonte mental de todos a una altura idéntica. Mas como desgraciadamente la cultura científica y filosófica del común apenas si alcanza más allá de las verdades naturales que evidentemente se imponen en quien posee un mediano criterio, de ahí que en unos, los ignorantes, el mundo y su régimen fenomenal sea un apretado círculo de enigmas y misterios, mientras que en los dotados de más medios psíquicos el límite visible de los conocimientos se extienda a amplísimo círculo, que no es otro que, o el impuesto por la calidad de nuestros sentidos, o el que señala el poder generalizador de sus abstracciones. Y es precisamente la teosofía, considerada como nueva doctrina religiosa (1), aquella que mejor cuadra con las aspiraciones innatas de saber, y la que mejor se adapta a la actual conformación mental de aquellas gentes que, habiendo salido del estado místico, han alcanzado el metafísico, estando en vísperas de llegar al positivo.

Como no podía por menos de suceder, la doctrina teosófica consagra una especial atención al problema capital de la vida, y las cuestiones del origen, de la evolución, de la conciencia, y de todo cuanto más trascendental tiene la Biología, se resuelven o tratan en ella. No se crea, y con ello entendemos dilucidar un punto que pudiera dar origen a controversias, que las conclusiones teosóficas son hijas del estudio experimental del caso concreto y tangible de la vida. Sus inducciones proceden del campo metafísico *(in strictu sensu)*, y como es lógico, buscan la solución trascendente del problema de la vida, considerado de un modo parecido a como lo hace el geómetra con las propiedades de líneas, superficies y cuerpos, independientemente de su composición sustancial. Y que esta idea está en el terreno de la más pura verdad, lo muestra la fácil comprensión y adopción de las teorías relativistas para interpretar los obscuros fenómenos de la vida, por quienes ven en la teosofía un símbolo capaz de satisfacer sus incumplidas ansias por llegar al fondo de las cosas.

Es lógico, por tanto, que la biología teosófica sea muy diversa a la clásica. Pagada esta última de la estructura, morfología, función y continuidad en el espacio y en el tiempo de cuantas formas orgánicas pueblan la tierra, su método es esencialmente descriptivo y analítico, en tanto que

---

(1) O, mejor dicho, como síntesis suprema de Religiones y de Ciencias. *(N. de la D.)*

la teosofía, considerando como cosa accidental la forma y la especiación, concentra su actividad en el hombre, enfocando en él todo el haz de sus energías y procediendo de arriba abajo, no de abajo arriba (1).

Automáticamente se resuelve el problema biogenético, que tanto preocupa a los hombres cultos, suponiendo, y con grandes visos de verosimilitud, que la vida es algo inherente al Universo, sin principio ni fin, y cuya esencia consiste en poseer innúmeros atributos morfológicos bajo el denominador común de una energía ubicua (2). El aporte de los descubrimientos paleontológicos así nos lo hacen suponer, dado que las biotas que siguen al período agnostozoico presentan todas ellas los caracteres de un biocosmos, organizado con idénticos elementos ecológicos que los actuales. A no pocos biólogos imbuídos por un creacionismo de nuevo cuño extrañará que pueda sostenerse la creencia del no principio de la vida, dadas las actuales teorías geogénicas. Mas si se tiene en cuenta que el físico tampoco puede explicarse el origen de la materia tal cual actualmente la concebimos, y que en su origen, si lo ha tenido, la vida necesariamente ha sido una integración ordenada de propiedades de la materia abiótica, podremos fundadamente deducir que el problema del origen de la vida está mal planteado, y que en vez de preguntarnos ¿cuándo apareció la vida?, deberíamos hacerlo así: ¿cuándo la energía biológica manifestóse sustancialmente en la Tierra?

Este problema de la biogénesis, las religiones lo escamotean, muy es-

---

(1) Como que la ley teosófica por excelencia, según repetidísimas veces se ha dicho, es la de la Seriación y la Analogía, ley encerrada en la sublime Clave de Hermes Trimegisto de que «lo que está arriba es como lo que está abajo», para obrar el Misterio del Cosmos o de la Armonía, es decir, la fusión sintética de lo Vario en lo Uno. *(N. de la D.)*

(2) Energía ubicua, sí, pero siempre espiritual e inteligente. ¿Qué de inteligencia cósmica no se manifiesta, por ejemplo, en la geometría de las corolas de las flores? Para bien trazar la corola pentagonal de la rosa, el geómetra necesita todas estas operaciones geométricas: tomar el radio del círculo: dividirle, por una operación nada sencilla, en media y extrema razón: tomar luego el mayor segmento sustractivo y pasearle por toda la circunferencia, con lo cual se tiene ya el lado del decágono convexo. En fin, tomando luego dichas dos divisiones de dos en dos, se logra tener el lado del pentágono convexo, o sea la sección normal a cada uno de los cinco pétalos de la rosa. ¡Y, sin embargo, una florista hábil corta a ojo y tan bien como el geómetra los cinco pétalos de su rosa de trapo, y a la Madre Naturaleza, por su parte, le basta para lograrlo, no en una, sino en millares de flores, una semilla, un poco de tierra, agua y aire y un rayo de sol...! Si esto no es Inteligencia, no sabemos qué es lo que pueda ser. *(N. de la D.)*

pecialmente las occidentales, mediante la intervención de su antropomórfica divinidad. En cambio, en pura doctrina teosófica, representación genuína de un monismo científico confirmado por la experiencia, al tocar este punto fúndese la biología con la física y la psicología con la energética, llegando a una unidad conceptual, muy propia para satisfacer los espíritus inquietos (1).

Confinando al hombre nuestras especulaciones, hemos de llegar necesariamente a dos puntos de alta biología, el de la evolución morfológica y la evolución psíquica.

La primera, gracias a la acción combinada de naturalistas y físicos, se explica con una cierta facilidad como consecuencia del intercambio de acciones entre el sér y el medio. Día llegará en que el problema evolutivo podrá interpretarse a la luz de sencillas ecuaciones, con variables más o menos independientes, y ya hoy, con las tendencias a introducir en todos los fenómenos vitales la idea de relatividad ábrense horizontes amplísimos en esta cuestión (2). Se sabe que la ley de analogía lo domina todo, y que en el Universo repítense constantemente los fenómenos a escalas diversas. Del coloide orgánico que el ultramicroscopio nos revela al coloide estelar de la Vía Láctea, del electron al astro, repítense los fenómenos con abrumadora monotonía; los organismos perciben del medio lo que su escala les permite, y a su vez el medio actúa sobre el organismo en relación a la receptividad del sér para las acciones merológicas. El hombre ignorante se conceptúa como un ente aislado y autónomo, cuando en realidad es tan juguete del medio como lo es el corcho arrastrado por la corriente del río. ¿Dónde puede decirse aquí es hombre, aquí no es hombre? ¿Dónde concluye la atmósfera en relación al cuerpo? ¿Puede alguien asegurar que las rocas del ambiente no penetran en él, cuando vemos que en el aire respirado, el agua bebida y los alimentos digeridos, la cal, la sílice, el hierro, etc., forman parte integral y necesaria de los mismos? Todo es cues-

---

(1) Esta fusión es el caracteristico sintetismo de la *Meta-física*, o «Física de la meta». Nosotros, como va dicho, no admitimos ninguna energética que, a su modo, no sea inteligente. *(N. de la D.)*

(2) Como que la moderna teoría de la relatividad o de Einstein no es sino la teosofía en la ciencia, o sea la proclamación científica de la «maya» buddhista, pues que «todo aquí abajo es relatividad e ilusión», «sombra de sombras de mundos de *dimensiones superiores*», como ya indicase Platón al hablar en su *República* que somos los eternos prisioneros que, de espaldas a la luz, tomamos por realidades las sombras que se proyectan en las paredes de nuestro calabozo. *(N. de la D.)*

tión de escala. Una gota de agua es un monte impenetrable para un pulgón. Una vibración pasando de las 700.000 pulsaciones, es nula para nosotros. Un pensamiento de Kant, nada dice al embotado cerebro del patán analfabeto.

Y esta cuestión de escala, de proporción, de ritmo, la doctrina teosófica la acepta, más aún la conceptúa como base de todo su sistema (1). En el problema de la conciencia, que por definición entiendo es tan inexplicable como una roca analizándose a sí misma, creo debe verse la unidad patente en el Universo. La esponja de platino absorbe el hidrógeno, produciendo un fenómeno de acumulación energética capaz de ponerla al rojo, sin que intervenga para nada acciones químicas ni preparaciones físicas de ninguna índole. Las enzimas o diastasas desdoblan y llevan a término sin aparato, silenciosamente, acciones químicas, que tan sólo el complicado artificio de nuestros matraces, retortas y reactivos puede ejecutar. El cerebro, elevándose a regiones insuperables, puede con su impulso inicial conmover un mundo, modificar la paz del Universo. ¿Estará fuera de razón llamar a ese maravilloso órgano pensante catalizador del fondo de energía vital que por el Universo circula? Y llevando más lejos nuestras concepciones de unitarismo, vemos que dentro del credo teosófico involúcrase toda una norma de conducta moral (2), que no es otra que el camino de menor resistencia y de máxima eficacia de las reacciones catalíticas del órgano pensante. Toda la higiene física y espiritual, todos los preceptos morales que las religiones se producen, todo conduce a eliminar de la reacción primordial aquellas derivaciones secundarias que, haciendo el efecto de impurezas energéticas, aparten o retrasen el logro de la humana aspiración.

Hemos dicho logro de la humana aspiración, y ahora indicaremos algo que, al parecer, contradice nuestro postulado de unitarismo científi-

---

(1) «Cosmos», «Armonía», que siempre dijeron los griegos. *(N. de la D.)*

(2) Cierto, la moral eterna de los tres principios del Derecho Romano de «vivir honestamente», o sea según las divinas leyes de nuestra Madre-Naturaleza, «no dañar a otro», ni aun en pensamiento, y «dar a cada uno lo suyo», es decir, querer para los demás lo que de los demás quisiéramos recibir nosotros. Esta es la ley *humana*, la *divina* es la del sacrificio, o de «dar a los demás por encima de lo que deseáramos para nosotros mismos». La locura vanidosa europea da ciencia sin previas condiciones de virtud; la sabiduría arcaica, antes de dar ciencia, se aseguraba por las terribles pruebas de la iniciación del grado de virtud previa del candidato. Así no se daba el caso de «sabios envenenadores», «culturas guerreras y sin alma», ni, en una palabra, «magos negros». *(N. de la D.)*

co. En la vida todo es finalidad, es decir, teleologismo; mas no se crea esta finalidad es la de las causas finales que conferían a los fenómenos una trasconciencia análoga a la nuestra, y, por tanto, un estado de volición en relación con nuestras comodidades o apetitos. No. La teleología científica moderna, y la que la teosofía ha de proclamar como consecuencia, inevitable de toda su elaboración filosófica, es la de que en el Universo cuanto ocurre *tiende* a un fin para nosotros ignoto, y a cuya manifestación la llamamos nosotros evolución (1). La idea de la entropía de Clausius, la regla de las fases de Gibbs aplicadas a la vida, los resultados todos de la experiencia demuestran que en el Universo rige un orden, incomprensible aún para nosotros, y al cual, llámesele Dios, Gran Arquitecto o Entidad Suprema, todos rendimos inconsciente tributo y adoración al reconocer nuestra impotencia en interpretar su designio.

El reconocimiento implícito de nuestra ignorancia es lo único que realmente constituye la base de toda creencia religiosa. Y justo es confesar que el fenómeno de la vida, considerado en sí mismo, es lo suficientemente maravilloso para que por él podamos darnos cuenta de lo muy ignorantes que somos. Hacen bien, por tanto, quienes, rechazando como absurdas las religiones positivas que dominan en el mundo, de un modo ecléctico entresacan de ellas las parcelas de verdad contenida para constituir el edificio teosófico. Podrá o no podrá aceptarse *in toto*, por razones antedichas; pero es innegable que para las más de las gentes ha de constituir el naciente credo una áncora de salvación en el naufragio de esperanzas e ilusiones consecutivo al reconocimiento de la propia ignorancia.

MARIANO POTÓ.

---

(1) Por eso dicen los brahmanes que en la interminable cadena evolutiva cada universo tiene otro universo antecesor y otro tercer universo que habrá de sucederle. En semejante cadena, al hombre le es dado conocer los grados evolutivos intermediarios, pero el primero y el último universo de la serie le será por siempre inasequible antes de confundirse y anegarse en el místico Piélago de la Divinidad. La doctrina teleológica del «todo conspira» es, en efecto, la más sabia de cuantas nos legasen los griegos. *(N. de la D.)*

HESPERIA no opone en el orden abstracto de las ideas limitación alguna a sus colaboradores, porque la base de la cultura es la libertad de pensamiento.

El Sér y el No-sér como único problema de la Vida.

Este es el transcendental problema a cuya resolución habrá de dedicar el hombre todas sus energías en el curso de su vida, si quiere desandar el camino recorrido por su esencia, desde que fluyó del seno inagotable de la Nada, camino que, mientras no sea completado, tendrá que seguir apurando, gota a gota, el acerbo licor que desborda del cáliz de Maya: mundo de la Materia o de Ilusión, adonde llegó por la absoluta necesidad de poder discernir de las tinieblas, la Luz; de la muerte, la Vida; de lo cesante, lo Incesante; de lo finito, lo Infinito, y del vano placer de la carne, la luminosa fulguración del Espíritu, que yace dormido desde que, al dejar la mano de su Padre, se perdió en los intrincados parajes de la Selva de la Creación, en donde vaga sin giro, hollando, una y mil veces, el Sendero oculto que conduce a la apacible morada, donde le aguardan la Paz y el Sosiego más augustos.

Triste peregrinación y bendita al fin por lo necesaria, pues si así no fuera..., ¿qué razón habríamos de dar a este armonioso aunque aparente desconcierto de la Vida...?

Sendero de la Evolución; giro de luchas, tropiezos, caídas; de alegrías y tristezas, de triunfos y derrotas, de odios y de amores, de egoísmos y de incomprendidos desprendimientos, de sacrificios, en fin. Mas, escogido por nosotros mismos, por nuestra propia voluntad, al traspasar el quíntuple universo y sepultarnos en la activa vertical, colindada por sus infinitos pares de opuestos.

Por eso cuando se nos presenta la acostumbrada interrogación del ¿por qué de la Existencia?, ¿por qué del Universo y de la Evolución?, ¿por qué alejarse para nuevamente tornar, siendo mejor no moverse del Seno Supraesencial?, formulada hasta por muchos estudiantes de Ocultismo, nos parece incomprendida esta pregunta, y más cuando sabiendo que quienes la hacen son precisamente aquellos que creyeron hablar la Verdad en el intrincado laberinto del Saber, muestran, por el contrario, no haber aún resuelto el Gran Problema del «Sér y del No-sér», cuya incógnita enseña que tal pregunta no tiene cabida más que en el mundo de la forma, donde el Tiempo y el Espacio dan duración y lugar a las cosas; que la Ley es una y que ella incluye a todas las demás leyes, que son las que rigen las formas, así como las unidades representan las partes de cantidad correspondientes a un todo del cual son producto.

Antes de la Gran Ley no hay nada, pues ella representa el Todo completo; ¿qué otra cosa podía haber que *algo* y *nada?;* pues el Todo es las dos cosas unificadas a la vez. Por lo tanto, esta interrogación la podemos dejar reducida a la simple expresión de: ¿por qué el Todo crea el Universo? Y a eso decimos que el Todo no crea el Universo, pues si el Todo crease algo, implicaría poseer una facultad separada, la cual fuera antecedente al Todo, siendo que toda cosa ha de provenir de una causa como efecto correspondiente, y antes del Todo no puede haber cosa alguna. Además, en el citado caso, el Todo no podía ser complemento, habiendo algo que Él no circundara. Por eso repetimos que quien hace tal pregunta no ha llegado a comprender el tan Sublime Aserto. Decimos nosotros que el Todo es Sér y No-sér. Si el Todo no comenzara, no sería; es decir, sería No-sér solamente, y en ese caso fuera la Nada, las Tinieblas Absolutas y Eternas; mas no esas tinieblas perceptibles a la vista física, sino lo incognoscible, pues no habría consciencia para conocerlas, o mejor dicho, no habría Sér. Pero el Todo es Sér, y esto lo saben todos los infinitos seres que pueblan el Universo; mas si solamente fuera Sér, nos encontraríamos en el mismo caso que el anterior, es decir, que el Todo sería inmutable, fijo, incambiable, que da lo mismo que el lado de No-sér. El Sér, para ser, necesita ser consciente de sí mismo; mas la consciencia necesita separación para ser consciente; y lo mismo arriba que abajo. El Todo, para Sér, necesita separarse de sí mismo, para darse cuenta de su sér. Por lo tanto, cuando el Sér nace, nace también el No-sér, que es su opuesto necesario.

Tampoco queremos decir con esto que el Todo comienza a Sér, pues en ese caso querría decir que hasta entonces habría sido No-sér, y el Todo siempre es, ha sido y será, infinitamente.

Queremos decir con esto que la naturaleza del Todo manifiesta en si tres aspectos diferentes: aspecto de Sér, aspecto de No-sér y la relación entre estos dos opuestos. Estos tres aspectos podemos definirlos más claramente si consideramos al aspecto de Sér como la conciencia del Todo en sí mismo, y al aspecto de No-sér como la conciencia del Todo fuera de sí mismo, relacionándose estas dos conciencias en un equilibrio perfecto, siendo este equilibrio, por consiguiente, lo que desarrolla la acción que llamamos Karma. De aquí que pueda decirse, acertadamente, que la Nada no existe; existen el Todo y el Algo, o sea, el Todo y la parte del Todo, condicionada por su conciencia. Así se ve cómo el Todo se halla separado de la acción creadora, está, por decirlo así, en la inmutable compenetración de sus tres aspectos. Quien crea es su vívida Mente en el aspecto de No-sér. Pongamos como ejemplo para nuestra comprensión, a la circunferen-

cia limitando al círculo, y tomémosla por el Todo, es decir, lo inmutable, *lo* Sér y *lo* No-sér, lo que nunca comienza y que jamás acaba, lo que no puede aumentar ni disminuir, el conjunto de todos los aspectos unificados, en fin. Mas el Todo es Mental, y aquí, precisamente, es donde hallamos el punto de partida primario o primer eslabón, tras el cual se habrán de encauzar las innumerables causas y efectos de la Existencia Universal.

Habrá quien nos haga notar que si el Todo es mental, implica con ello poseer un atributo, y que dicho atributo, por consecuencia, ha de tener una causa anterior, cuya causa, a su vez, dará razón de algo fuera del Todo. Pero quien tal diga, tendrá que observar que la Mente del Todo no se halla separada de Él, ni esto quiere decir que Ella sea creada por el Todo, sino, lejos de eso, quiere decir que la Mente del Todo se halla dentro de Sí mismo, en confundente inmutabilidad. ¿Que cómo puede ser esto? Veamos:

El Todo es lo Absoluto, lo Real, la Causa Suprema, la Ley Única. Fuera de él no puede haber nada, y todos los efectos habrán de derivar de la Causa; todos los relativos, del Absoluto; todo, todo lo que pueda suceder, será dentro del área sin fin de su seno inagotable. Ahora bien; si el Todo fuera Sér solamente, no podría ser mental, porque no hallaría lugar para condicionarse, como si sólo fuera No-sér, tampoco podría serlo, porque entonces no habría ser de quien dar razón. Por eso el Todo contiene en sí los dos contrarios, siendo tan necesarios el uno del otro como lo son igualmente la Vida y la Muerte, la Luz y las Tinieblas, el Día y la Noche, el Amor y el Odio, el Bien y el Mal. Siendo así que el Sér jamás podrá convertirse en No-sér, como el No-sér en Sér, recíprocamente, pues les separa el perfecto equilibrio de su abstracta relación. Esta Relación, este reflejo mutuo de los dos polos opuestos, es, pues, la Mente del Todo, la cual, en sí, da cabida al Sér y al No-sér. Ella es la Unidad abstracta (no el 1), capaz de iniciar el Algo del inmutable Todo. Ella es la Substancia Primordial donde fluirán los Kosmos; la virginal matriz donde, inacabablemente, irán saliendo por eones de eones de tiempo, sin tiempo, los infinitos universos. Antes de Ella, sólo Absoluto Silencio, Calma Absoluta, Paz y Paz, Seidad sólo se conciben; después de Ella, su creación.

Hemos de tener en cuenta que el antes y después, sinónimos de principio y de fin, no son otra cosa que simples modos de expresión, necesarios para hacernos comprender en los estrechos límites de este inferior plano de existencia, pues antes de la Mente del Todo no hay nada, siendo Ella la Relación, sin la que no le fuera posible existir al Todo.

Por consiguiente, entre el Sér, el No-sér y la relación que guardan, no

existe primero ni último, pues los tres se unifican y compelen; nada puede haber fuera de ellos, mas por la misma razón, ha de haber Algo dentro de su todo compuesto.

Tenemos el círculo como símbolo del Todo y el punto céntrico, al cual podemos tomar como la Relación de sus dos opuestos necesarios, que va de extremo a extremo a la circunferencia, abstracto como ellos mismos, pues aún no hay forma. Este punto vibra, por su facultad de Sér que tiene donde condicionarse, y llega hasta el aspecto de conocimiento de sí mismo o polo superior (positivo), dando a su conciencia el conocimiento del aspecto contrario o polo negativo, nacido concretamente para la Conciencia Absoluta, al volver al aspecto de Sér. Esta vibración, eterna, que va y viene, y que llamamos primera para poder mostrar con entera claridad el Sublime Misterio, pero que jamás comenzó como nunca dará término, porque radica entre la Luz y la Sombra, en la raíz o corazón del Todo, inseparable, es la Mente Creadora, que en el aspecto de No-sér, crea los infinitos kosmos, pues su creación, como su naturaleza, tiene que ser infinita también, y que en cada ida y vuelta, al cambio recíproco, se funde un Universo, por lo que al diámetro de la circunferencia se le designa con el nombre de el Hijo nacido en el vientre inmaculado de la Madre Mente, que quiere decir, lo inmanifestado, manifiesto; y que al volver a vibrar, en la acción, el punto y la línea, forman la Cruz en el círculo, tercer aspecto, mas Primer Logos creador, Mente Creadora o Espíritu Santo en el mundo de la forma.

Ya vemos cómo el Todo queda separado de su creación mental, allá, en la eterna absorción de su naturaleza trina, fundido en cada partícula de su Sér, el componente de sus tres aspectos esenciales, formando el triángulo, símbolo de su Vida Una y Eterna. Viéndonos precisados, como se ve en los diagramas de la cruz y del triángulo en el círculo, a dar principio de movimiento pendular, allí donde jamás hubo momento de reposo.

Dice la filosofía hermética que como arriba así es abajo. Vamos, pues, a tratar de resolver la misma cuestión en nuestro plano inferior, haciendo uso del principio de correspondencia.

A poco que observemos en nosotros mismos, podemos notar cómo en nuestro sér se reflejan los Tres Aspectos del Todo. Primero, vemos que poseemos una mente aparte de nuestra constitución corpórea y que la llena conjuntamente. Observamos más atentamente y pronto notamos algo superior a ese cuerpo y a esa mente, y que, circundando a los dos, los rige y sojuzga. Este es el Espíritu Divino, el Sér Dhyân Chohánico individual, el Jîva imperecedero, que se corresponde con el aspecto masculino del

Todo, principio separado de creación alguna, mas principio eterno de vida, de Ser. Estos dos aspectos sólo se diferencian en grado, y en su diferenciación poseen los mismos atributos; por eso en el mundo de manifestación nuestro Sér se refleja en el No-sér, ¿pues qué más no-ser que el cuerpo cambiable y finito en el cual se cobija?, siendo, por lo tanto, nuestra mente, la Relación entre nuestro Sér y nuestro cuerpo, la que se corresponde con la Mente del Todo, a la sola diferencia de que ésta (la Mente del Todo) es infinita por inmanifestada, y aquélla (la nuestra) finita como todas sus creaciones. Igual arriba que abajo. Crea el cuerpo físico en la función del sexo (cuerpo del Género) trasladando una parte de su sér (varón) al polo negativo (hembra). Crea también la mente; mas ésta no necesita para su creación separar nada de sí ni tomar nada de nadie, como al crear no aumenta ni disminuye su naturaleza; pues ella, como la Mente del Todo, es matriz de sus creaciones dentro del Espíritu-Materia del Sér que relaciona.

La Pura Matemática, o ciencia de los números, expone bien claro este concepto:

El 0 manifiesta la más acertada idea del Todo, pues bien se ve que en él no hay aún principio resuelto. Nadie fuera capaz de separar uno tan sólo de los infinitos puntos de su circunferencia (la línea cerrada); mas dentro de su radio esto puede hacerse, ¿quién? La Relación de sus opuestos. Ella. Si tomamos uno de sus puntos, será el primero y será el último con relación a otro.

Esta es, pues, la Unidad Abstracta, correspondiente a la Mente del Todo; mas no el 1, pues el 1 será, en este caso, lo que crea, por la acción, la Unidad diferenciada en la Cantidad (el Algo), o el 0 dividido por el 1, único número divisible por él, que da activamente la línea abierta U, tercer aspecto y Primer Logos creador, Svastika +, principio de Género, positivo y negativo, activo y pasivo, masculino y femenino, y el 3, 1, generador del Universo Mental.

De aquí se dice que el 1 es el 3 y que el 3 es, a su vez, el 1, cuando quiere decirse que el triángulo △, por el 3 activo, unificado (Mente del Todo), forma el 4 o □ en la acción (Forma) en la que el Ser Divino se cobija sumando el 7 por el 3 + 4 (Espíritu-Materia) y que, al fin, subyugada la materia por la Trina Majestad, se completa, en la conjunción del 7 + 3, el 10, componente del Todo y el Algo (0 y 1).

De aquí se desprende que quien hace la pregunta de ¿por qué de la Evolución?, ¿por qué del Universo? aún no ha resuelto el capital problema del Ser y del No-ser, cuya pregunta tiene el mismo significado para nosotros, como si alguien nos preguntase el porqué de lo templado, sabiendo

todos, como es de suponer, que lo templado no es otra cosa que el reflejo del Fuego sobre el Agua, o la relación abstracta entre calor y frío, sin cuya Relación no existirían ni el uno ni el otro en el Mundo, como sin la Mente Vívida no podrían existir el Sér y el No-sér en el Espacio; pues en tal caso, el Todo fuera Sér o No-sér, que da lo mismo (1).

Y siendo indispensable la Relación, en la Relación, pues, está el Kosmos, en el Kosmos se originan los Universos, y en los Universos, seno de la Materia, nos sepultamos nosotros, partículas esenciales del Gran Todo Viviente, con el objeto exclusivo y voluntario de dominar todos los aspectos del Universo Mental, por cuya tarea nos expusimos a conocer el Sufrimiento que nos da el mundo de la forma o ilusión, de donde, tropiezo tras tropiezo, caída tras caída, todos, al fin, tornaremos al lugar de donde salimos, ayudados en la larga y penosa peregrinación por aquellos Seres que, habiendo llegado a dominar lo falso e ilusorio, se sacrificaron una y mil veces y volverán a sacrificarse otra vez, y sin fin de veces más, por la pobre Humanidad Doliente.

SIMEÓN CRUCHAGA.

Bilbao 30 enero.

La cuarta dimensión en los dominios científico, artístico y teosófico.

CONFERENCIA DADA EN PARÍS, EN LA SOCIEDAD TEOSÓFICA DE FRANCIA, EL 19 DE JUNIO DE 1921,

POR DON ILLAN ÁLVAREZ DE TOLEDO, MARQUÉS DE CASA-FUERTE.

Traducción de J. GARRIDO

II

Vemos que, en toda la escuela estética moderna, lo que importa ante todo, cuando nos encontramos frente a un objeto, es la actitud de nuestro espíritu; es nuestro estado de alma, el que debe exteriorizarse de algún modo tangible en la obra de arte que realizamos. Nosotros somos el centro del lienzo o de la composición plástica; verdadera alquimia en el cuarto espacio.

No quiero decir que, desde el punto de vista estético, esas escuelas modernas sean las únicas que tengan razón: sería esto emitir un juicio bien temerario y que, por lo demás, no tiene cabida aquí. Tampoco quiero decir que esas escuelas tengan el privilegio exclusivo de procurar a los que pueden sen-

---

(1) Apartándonos de la Academia, acentuamos el *sér*, sustantivo, para diferenciarle del *ser*, verbo. *(N. de la D.)*

tirla una impresión de la cuarta dimensión, puesto que se puede experimentarla tan intensamente ante un cuadro de *Angélico*, por ejemplo, como ante los lienzos cubistas. Pero quiero decir que la necesidad del cuarto espacio se ha impuesto de modo tal al espíritu de algunos de nuestros contemporáneos que les ha sido preciso expresar, además que por la expresión y por el sentimiento, quiero decir por una técnica más directa, más imperativa, más nueva, esa cuarta dimensión en la cual se adentran con toda su vida intuitiva y creadora.

Si de la pintura y de la escultura pasamos al dominio literario, verificamos que a este puede aplicársele todo lo que acabamos de decir: reversibilidad, eco, simultaneidad, prolongación de la sombra, en otro plano, correspondencia de otra parte, ese yo no sé qué tuerce y que turba. Ciertos autores nos aportan indicios muy marcados de su incursión intelectual en el cuarto espacio. Lo que, en mi opinión, confiere el verdadero genio a un artista, es precisamente esa incursión en el plano superior al nuestro, gracias al cual podemos, desde ahora, conocer el grado de su evolución espiritual, es decir, el plano que ha alcanzado y el manantial de donde extrae su propia energía creadora, que se llama corrientemente su inspiración. Para que la impresión del cuarto espacio sea sentida por nosotros, es preciso que, en una obra, percibamos esa reversión, esa simultaneidad, esa prolongación de sombra en otro plano, esa correspondencia de otra parte. Pero ¿quién puede decir que una obra pasea esas cualidades más que aquel que es capaz de percibirlas y que sabe descubrir el origen y la calidad de los pensamientos? Podría citar un número grandísimo de ejemplos, sacados de las obras de autores de todos los tiempos, desde los griegos hasta nuestros jóvenes escritores actuales, en los cuales podríais descubrir, como yo mismo lo he hecho, esa impresión de cuarto espacio: sería una cosecha demasiado abundante para esta conferencia, cuyos límites son necesariamente restringidos. Creo haberme extendido suficientemente en la cuestión de la cuarta dimensión en el dominio artístico, y espero haberos dado una clara idea de ella.

Hemos llegado a la tercera parte de esta conferencia. Séame permitido, antes de penetrar en el dominio espiritual del problema del Espacio, abrir un paréntesis que considero necesario.

La Sociedad Teosófica de Francia me ha concedido el honor de invitarme a dar aquí una conferencia sobre el Espacio, después de la publicación de mi obra *Le problème de l'Espace*. Al apresurarme a aceptar esa amable invitación, daba a conocer el título de mi conferencia: «La Cuarta Dimensión en los dominios científico, artístico y espiritual». Vuestro distinguido secretario general me dió las gracias y me pidió que modificase el título y que sustituyese «en el dominio espiritual» por «en el dominio teosófico», puesto que, según me afirmaba, los pensamientos expresados en mi obra respondían a las ideas teosóficas. Pero debo decir que yo soy extraño a la Sociedad Teosófica, y si mis ideas se ajustan a sus principios, sólo puedo considerarme muy dichoso de que mis pensamientos y mis especulaciones me hayan acercado a esas elevadas enseñanzas. Deseo también tranquilizar a todos los que, encontrando mis ideas quizá demasiado atrevidas, pudieran imaginarse que ellas pertenecen a la enseñanza teosófica. Aunque coincidiendo con esta enseñanza, mis pensa-

mientos no han sido extraídos de las fuentes teosóficas y no deben, en modo alguno, achacarse a la Sociedad Teosófica. No tenía, pues, motivo alguno para no consentir en la ligera modificación que se me pedía, la cual no modificaba la substancia de mi conferencia. Era necesario precisar esto; y cierro aquí el paréntesis.

He dicho hace un momento que el cuarto espacio pertenece al dominio del pensamiento. Hemos visto, en efecto, que los seres dotados de un par de canales semicirculares no perciben más que una dirección del Espacio; que los que poseen dos pares tienen la noción de dos direcciones; se deduce que el sér que posea la percepción de lo que viene de la cuarta dirección debería estar provisto de un cuarto par de canales o de otro órgano *ad hoc* que le permitiese percibir esa cuarta dirección espacial. No podemos admitir que el Espacio no tenga más que tres únicas dimensiones, sino un gran número de dimensiones, que llamaremos *n;* el Espacio estará, pues, constituido por *n* espacios, y los seres, según los órganos que posean, deben tener el conocimiento de 1, 2, 3, 4... *n* — 1 espacios, hasta Dios, que debe poseer *n* espacios, es decir, el Espacio entero. Sabemos, por otra parte, que cada canal ocupa una de las direcciones del Espacio, de la que aporta las sensaciones que vienen de esa dirección; lo que hace que el sér que percibe la cuarta dirección espacial deba poseer un órgano *ad hoc* ocupando necesariamente el cuarto espacio, espacio hasta ahora invisible en las condiciones normales. Se ha hablado ya de la incursión en el espacio superior; el habitante de un mundo de una sola dimensión se adentra infinitesimalmente en el segundo espacio; el sér plano se adentra infinitesimalmente en el tercer espacio. Es decir, que el espacio superior existe en el sér de una sola dirección como en el de dos y tres dimensiones, al *estado de posibilidad*, y en el sentido de esa posibilidad debe realizarse su ampliación espacial. Por tanto, hacia la cuarta dirección espacial es hacia donde *debe ir* y *va* nuestra evolución. Por el desarrollo y la concentración de nuestras facultades mentales, llegaremos a ampliar nuestro campo espiritual, es decir, desarrollando el órgano invisible de la vista interespacial, que nos conducirá a nosotros y a nuestra especie terrestre a la posesión del dominio del pensamiento superior. El cuarto espacio pertenece a ese dominio superior, y por el pensamiento, y por todo lo que se refiere al pensamiento es como podremos alcanzarlo. La calidad de los pensamientos indica el valor moral del sér en que han germinado, de lo que se deduce que valemos lo que valen nuestros pensamientos.

Pero una selección de pensamientos es necesaria sin cesar; hay que guardar y conservar en nosotros aquellos que son mejores para acrecentar nuestra personalidad moral, y apresurar así nuestra marcha ascensional hacia el objetivo final terminal de nuestra evolución. Hay que dar, además, a esos pensamientos seleccionados, el desarrollo a que tienen derecho. Ese desarrollo sólo se adquiere por el ejercicio de la voluntad. Haciendo evolucionar en nosotros nuestros pensamientos por medio de la voluntad, producimos un movimiento ascendente y paralelo de nuestros pensamientos y de nuestras almas, de donde resulta que valemos realmente lo que valen nuestros pensamientos.

Si un sér ha llegado a un estado en que los pensamientos que se refieren

al cuarto espacio actúen en su espíritu, se sigue que ese sér ocupará el primer escalón del cuarto espacio, estará bañado en una atmósfera de pensamientos del orden del cuarto espacio.

No sólo en nosotros solos es donde se produce la acción bienhechora de la elección y selección de nuestros pensamientos fortalecidos por nuestra voluntad. Esa acción se hace sentir en todos los que se nos aproximan, aun sobre aquellos que nunca han oido el sonido de nuestra voz, pero cuya mirada se ha cruzado con la nuestra en el camino de la vida. Y eso no es todo; el pensamiento no limita su acción al presente, sino que actúa igualmente sobre el porvenir, sobre los que deben nacer de nuestra carne terrestre. Así como los seres se colocan naturalmente al lado de aquellos que poseen la misma densidad espiritual o una densidad vecina de la suya (lo cual constituye la ley de las afinidades terrestres), de igual modo nuestro Espíritu llama hacia sí, en cualquier plano en que se encuentre, al Espíritu que deba nacer de nuestra carne, y al que nuestra personalidad total procurará los límites necesarios a su nueva evolución terrestre. Llamo personalidad total a la constitución de toda criatura humana formada de los tres elementos siguientes: el físico, el mental, el espiritual. El físico es el elemento corporal; el mental es el elemento constituido por las facultades mentales y psíquicas; en cuanto al elemento espiritual es la parte más elevada de nosotros, aquello en que reside nuestra divinidad. Por el elemento espiritual es por el que el mental trabaja y las formas se suceden. De modo que ese es el encadenamiento: el elemento físico es completamente desarrollado por su presencia en el plano terrestre; el mental establece el contacto entre el yo y el Espíritu, verdadero puente que hace comunicar a los planos superiores con el plan terrestre, es decir, lo divino con lo humano. De donde se sigue que si los seres llaman a sí a los Espíritus, cuyo grado de evolución requiere la forma que la unión carnal de dos personalidades puede solamente procurarles, se sigue de ahí que cuanto más numerosos sean los seres que ocupen un grado elevado en la escala espiritual, tanto más grande será el número de los espíritus superiores que se encarnarán. De este modo, una selección de seres produce una selección de la raza terrestre.

Tal es el poder del pensamiento; ese poder es tan vasto que nos está permitido afirmar que el pensamiento, sostenido y fortalecido por la voluntad, se confunde con la acción.

(Continuará.)

LOS CONTRAHÉROES

Las épocas de gran relajación social tienen sus héroes negativos, disolventes, demoníacos: un torero, un bandido, un boxeador, una bailarina lasciva; estos son los contrahéroes, los deshacedores de la Historia.

LUIS ARAQUISTAIN.

Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.